

## LA FE ES LA BRÚJULA DE LA VIDA

El centurión romano, un pagano con fe, intercede ante Jesús por su servidor enfermo y Jesús no sólo lo sana sino que pondera la fe su amo: *“Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían: “Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel que tenga tanta fe”*, (Mt. 8: 10).

A veces confundimos fe con actividades religiosas o piadosas: rezar, ir al templo, participar de la Divina Liturgia, hacer caridad, etc. Todo esto todavía no implica automáticamente la fe, lo podemos hacer por costumbre o tradición.

La fe es quizás el don más precioso que podemos recibir de Dios. Es creer firmemente en Él, es amarlo con todo el ser, es esperar sólo en Él, es confiar totalmente en Él con la certeza de que todo está en sus manos, es entregarnos totalmente a Él.

Aunque parezca contradictorio hay muchos cristianos sin fe. La fe se revela en los momentos críticos de la vida. Se podría comparar con un saquito de té: no se sabe qué gusto y aroma tiene hasta que se lo coloca en agua hervida. La fe del cristiano se manifiesta en los momentos límites y dramáticos. Hoy ante el avance de la gripe A, se percibe el pánico entre los mismos cristianos, es señal que no tienen fe. El cristiano con fe espera sólo en el Señor y no le teme a la muerte. Si es voluntad de Dios que muramos hoy, así será y si no lo es ningún virus nos causará la muerte. El temor y la desesperación no es una actitud cristiana. En la carta a los Romanos leemos: *“ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡Padre! (...) Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?, (Rom. 8: 15, 31). Quizás la Palabra de Dios más consoladora se encuentra en el salmo 91: “Tú que vives al amparo del Altísimo y resides a la sombra del Todopoderoso, di al Señor: “Mi refugio y mi baluarte, mi Dios, en quien confío”. El te librá de la red del cazador y de la peste pernicioso; te cubrirá con sus plumas, y hallarás un refugio bajo sus alas. No temerás los terrores de la noche, ni la flecha que vuela de día, ni la peste que acecha en las tinieblas, ni la plaga que devasta a pleno sol”, (Sal. 91: 1-13). Debemos tomar todos los recaudos y cuidarnos, pero siempre confiando totalmente en el Señor.*

El no tener fe debería preocuparnos, porque no sólo perdemos la belleza de la vida de fe sino que no lograremos salvarnos.

Jesús está vivo, está presente en la Divina Liturgia y en la Eucaristía, nos ama y se goza en nosotros, Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra, y nos promete: todo lo que pidan en mi nombre yo lo haré, sin embargo permanecemos indiferentes, nos aburrimos en el templo durante las celebraciones, no tenemos deseos de estar con el Señor, vamos por obligación esperando el momento para salir despavoridos del templo. Significa que no tenemos fe en Dios, no creemos en su presencia real. No nos sentimos impulsados a postrarnos ante Él en adoración amorosa. ¡Todo es vacío!

Jesús nos desafía: *“Les aseguro que si tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza, dirían a esta montaña: ‘Trasládate de aquí a allá’, y la montaña se trasladaría; y nada sería imposible para ustedes”, (Mt. 17:20).*

El Señor nos asegura que nada sería imposible para nosotros, ¿y si nuestra fe fuera del tamaño de un zapallo o de una sandía?

En lugar de volar nos arrastramos por la vida, ¡todo nos parece imposible! No hay alegría, ni entusiasmo ni gozo, todo es chato, apagado y aburrido, porque nos falta fe, la brújula de la vida, el timón que nos conduce a puerto seguro.

Como no se puede comprar fe en ningún supermercado, debemos pedirla al Señor que la distribuye en forma gratuita, es gracia. Debemos implorar “Señor concédeme el don de la fe” así como los Apóstoles le pedían a Jesús: “: *“Auméntanos la fe”, (Lc. 17:5).*

Cuando se ora con fe todo se estremece: *“Cuando terminaron de orar, tembló el lugar donde estaban reunidos; todos quedaron llenos del Espíritu Santo y anunciaban decididamente la Palabra de Dios”, (Hech. 4: 31).*

El Apóstol Pedro fue liberado de las cadenas y de la cárcel gracias a la ferviente oración de fe de toda la Iglesia: *“Mientras Pedro estaba bajo custodia en la prisión, la Iglesia no cesaba de orar a Dios por él”, (Hech. 12:5).* Cuando se ora con fe se rompen las cadenas que nos tienen prisioneros del miedo y de tantas otras ataduras y se abren las puertas de las cárceles que nos tienen prisioneros.

Si tuviéramos el maravilloso regalo, el don de la fe veríamos maravillas, veríamos el poder de Dios en acción en nuestras vidas y en la comunidad.

*Pbro. Dr. José Hazuda*